

de Katz en cada uno de estos temas me llevaría demasiado lejos; me limitaré a exponer las tesis más generales y enunciar alguna crítica.

Admite Katz, frente a Quine, la existencia de enunciados analíticos, basándose en el concepto kantiano de analiticidad y reformulándolo en términos de la teoría semántica presentada en el capítulo anterior; el método utilizado para determinar si el predicado está contenido en el sujeto consiste en inspeccionar las "entradas de diccionario" que formulan al lado de cada término una serie de expresiones lingüísticas (marcadores semánticos) incluidas en su significado. El problema, una vez más, consiste, a mi juicio, en el método para detectar marcadores: ¿qué seguridad hay de que los marcadores elegidos sean universalmente válidos?

Respecto de la investigación categorial, el método propuesto por Katz consiste en analizar los conceptos implicados por otros, a tenor de los marcadores semánticos, en cada lenguaje, y buscar después las zonas comunes entre los distintos lenguajes. Tal método es, sin duda, fructífero para una investigación empírica de categorías. Pero Katz concibe las categorías como "universales lingüísticos" (pág. 236) y ello implica aceptar las hipótesis innatistas características de la lingüística chomskyana.

Las razones que Katz alega en pro del innatismo son las típicas de su escuela, basadas fundamentalmente en la insuficiencia del empirismo y del método conductista para explicar el aprendizaje del lenguaje. Es difícil que tal hipótesis reciba confirmación empírica, pero si la consideramos como modelo pudiera ser que su valor epistemológico no estuviera tanto a merced de la verificación como de su poder explicativo, poder que no le falta; la cuestión no está decidida.

Es evidente, en conclusión, que la obra de Katz resulta ser una sólida fuente de trabajo tanto para el teórico del lenguaje como para el filósofo del conocimiento. Es una clara muestra del valor metodológico del análisis lingüístico para la dilucidación teórica de problemas filosóficos y constituye, más que una investigación acabada, un excelente programa de investigación filosófica de la estructura de nuestro sistema conceptual.

José L. Blasco

PARÍS, CARLOS: *Hombre y Naturaleza*. Editorial Tecnos, S. A. Madrid, 1970.

Agrupada este libro ocho ensayos alrededor del tema "Hombre y Naturaleza", aunque sea propiamente el primero de ellos el que le da título. Hombre, razón, naturaleza, técnica, trabajo, constituyen los núcleos de reflexión desde una postura que se califica de racionalismo humanista.

La actual visión de la naturaleza es polarizada por el autor alrededor de los siguientes rasgos fundamentales: dinamismo, formalismo,

pluralismo hílico y relacionismo. De ellos adquiere especial relevancia el dinamismo que presenta dos claras trayectorias de investigación: la idea de proceso y la revisión de los conceptos clásicos de sustancia y átomo. Esta última posición es analizada por Carlos París en uno de los capítulos, titulado "Las grandes líneas evolutivas de la Física y el concepto de sustancia". La primera, presente en todos los ensayos, alcanza—más allá del análisis naturalista—a la misma procesualidad histórica como la interpretación más plausible del momento actual de naturaleza.

El tema del hombre debe acometerse desde las mismas categorías conceptuales resaltadas en la idea de naturaleza. La Biología constituye una perspectiva necesaria, pero no puede entenderse como la única, ni desgajarse de ella aquellas categorías que se han considerado como estrictamente antropológicas: libertad, proyectividad, intimidad, angustia. Dibuja una antropología en la que integra el análisis existencial en el más amplio sentido—se recogen los análisis efectuados desde una perspectiva médica—y la Biología. "El animal se encaja con rotunda seguridad en su mundo; el hombre, en cambio, parece vivir en un parcial desajuste que ejemplifica el proceder a tientas de su tecnicidad" (92). Temática íntimamente ligada con el ex-pósito unanimiano tan presente en el pensamiento de Carlos París.

La técnica constituye un eslabón fundamental para entender el estrato natural y el humano que tantas veces, como el propio autor señala, han sido abismalmente separados. "No hay vida humana, incluso en los aspectos superiores, recordemos, sin la invasión de la tecnicidad. La técnica, por su parte, no es comprensible sin su incorporación en un proyecto vital" (87). La técnica se inserta en las raíces más profundas del hombre y de la naturaleza, las preguntas sobre la misma se integran en la más radical problemática filosófica.

En la obra de Carlos París hay una continua perspectiva de futuro que se refleja tanto en el análisis de la naturaleza como en el del hombre. Adquiere momentos expectativos cuando desde la textura de la ciencia actual vislumbra sus categorías explicativas, o cuando en el análisis del hacer humano se muestra una nueva sociedad asentada sobre conceptos tales como ocio y trabajo.

Termina el libro con un capítulo dedicado a Luis Vives y la formación del saber moderno. Aparentemente un apéndice, pero que tiene, a nuestro parecer, un entronque enjundioso con el resto de la obra. Representa la aportación humanista que subyace como palanca posibilitadora de la posterior explicación científica. El humanismo renacentista juega un papel decisivo en la aparición de la ciencia moderna y Vives desempeña una tarea medianera abierta a nuevos horizontes.

*Carlos Minguéz*